

porque ya mora en el cielo
y no apura en este suelo
del infortunio las heces.

D. Luis ¿Y sus hijos? ¿y su padre?

C. Julián Dios vela por la criatura.

*Elisa por la izquierda trayendo á Berta
y un niño de la mano.*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ELISA, BERTA Y UN NIÑO.

Elisa Y yo acepto con ternura
ser la hija y ser la madre.

Mario *Con efusión de gratitud.*

Elisa, este corazón
que aquí late desgarrado
se siente regenerado
ante tal abnegación.

Si pudiera darle amor,
amor inmenso le diera,
pero ahora en mí supera
la inmensidad del dolor.

Sea mi hermana querida
y endulce con su virtud,
la vejez, la juventud
y la infancia desvalida.

CAE LENTAMENTE EL TELÓN.

Fin del drama.

POSITIVISMO

DRAMA SOCIAL EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

POR

ANTONIO DE P. MORENO



MEXICO

TIP. JOSÉ MARÍA MELLADO. HOSPICIO DE SAN NICOLÁS NÚM. 10

1900

PERSONAJES

Don Andrés de Valmar

Doña Elena, (su esposa)

Herminia, (hija de ambos)

Don Leopoldo Aguilar

Doña Luisa, (su esposa)

Ramiro de Alas

Roberto del Prado

Un Juez

Un Secretario

Dos Agentes de Policía

*Griados, lacayos y convidados de ambos
sexos*

ACCION CONTEMPORANEA

ACTO PRIMERO

Salón amueblado y decorado con lujo, en la casa de Don Andrés de Valmar. Puerta al fondo, una á la derecha y un balcón con vista al jardín; dos á la izquierda. Mesa de centro. Un confidente, sillones y sillas.

ESCENA I

Al levantarse el telón, aparecerán Elena y Herminia: se supone que la primera ha sorprendido á la segunda leyendo una carta que ésta trata de ocultar y la conserva estrujada en la mano izquierda.

Elena y Herminia.

Herm.—¡Imposible, madre mía!
esta carta es un secreto.

Elena.—*(Con seriedad.)*
Que tú debes revelarme
porque lo mando y lo quiero.

Herm.—(*Augustiada.*)
 Por Dios, mamá, no me obligues.
 Perdóname, te lo ruego;
 mas acaso sufriría
 alguno, si este secreto
 te confiara indiscreta.

Elena.—¿Cómo se entiende.....?

Herm.—(*Aparte.*) ¡No puedo!

Elena.—Las hijas que como tú
 educación recibieron
 de moralidad y tienen
 con el debido respeto
 confianza y discreción
 en el cariño materno,
 no rehusan, hija mía,
 como tú lo estás haciendo,
 depositar confidencias
 en el cariñoso pecho
 de una madre que no quiere
 sino el bienestar supremo
 de seres cuya ventura
 es poca para su anhelo

Herm.—(*Con ternura.*)
 Ya sé que mucho me quieres
 y á tu cariño le debo
 mil cosas que no podría
 olvidar ingrata..... Pero.....

Elena.—Dime de quién es la carta.

Herm.—(*Suplicante*) ¡Mamá!.....

Elena.— Lo exijo.

Herm.—(*Aparte*) No debo!...

Elena.—No me obligues á tratarte
 con rigor.....

Herm.— Pero si temo,
 no tu disgusto conmigo
 sino...

Elena.—Vamos; no hay remedio;
 vas á decirme siquiera
 el nombre que con empeño
 ocultas y debe estar
 al pie de la carta.

Herm.—(*Aparte.*) ¡Tiemblo!.....

Elena.—(*Con intención.*) Acaso yo lo adivine.....

Herm.—¿Tú? ¡no es posible!

Elena.— Presiento

que, á pesar de tu reserva,
 he conocido el misterio.
 el asunto de la carta
 es el amor, lo comprendo;
 y al pie de las mil ternezas
 para Herminia, y juramentos
 habrá este nombre ¡Roberto!

Herm.—(*Sorprendida.*) ¡Ah!

Elena.— ¿Lo ves? inútil era
 que ocultaras el secreto.

Herm.—(*Bajando los ojos.*)
 Perdóname, madre mía:
 ¿Cómo lo sabes?

Elena.— Ha tiempo.
 ¿Crees que las hijas pueden
 encubrir sus pensamientos
 al corazón de las madres
 dentro del hogar paterno?
 inquietudes y tristezas,
 esperanzas y deseos,
 placer ó melancolías

que son de amor el misterio,
 pensamos que están ocultos;
 que del disimulo el velo,
 de miradas indiscretas
 nos ha librado y no es cierto.
(Herminia llora.)
 Vamos; ¿y por qué eso lloras?...
 Dímelo todo.

Herm.— Yo temo
 que te disgustes, que padre
 despida de aquí á Roberto y.....

Elena.—Piensas mal, niña mía.

Herm.—*(Animada.)* Entonces....

Elena.— Comenzaremos

porque me digas ingenua
 si es tu cariño sincero.
 Las primeras ilusiones
 que hacen latir el pecho
 y descubren á la vista
 la luz del amor primero,
 son á veces engañosas
 sirenas que con su acento
 seducen, pero no dejan
 de sus cantares recuerdo.
 porque son fugaces notas,
 tan fugaces como el viento.
 Dime lo que tu alma siente,
 que ya nos dirá Roberto
 con acciones y palabras
 lo que yo saber deseo.

Herm.—*(Con resolución candorosa.)*
 Si es amor, madre querida,
 el encanto, el embeleso

con que se sueña pensando
 en el cariñoso dueño
 que con ternura nos mira
 y á quien con ternura vemos;
 si sus ojos nos deslumbran
 y lo deslumbran los nuestros,
 y al calor de sus miradas
 el pecho palpita inquieto;
 si del anhelo constante
 que se siente al misma tiempo
 en dos corazones, cuando
 los impulsa el sentimiento
 á los grandes sacrificios
 y á todo lo que es excelso,
 se desprende que del alma
 hay amor, ¡amor yo tengo
 distinto de los que tuve
 cuando niña en el colegio
 y distinto madre mía,
 del que por ustedes siento!.....

Elena.—*(Aparte.)* ¡Dulce confesión! *(A ella.)*
 Escucha.

Tu lo dices y te creo;
 mas es preciso que sepas
 que ni admito ni repruebo.

Herm.—¿Lo ves? Con razón temía
 que lo supieras.

Elena.— El tiempo.
 normará nuestra conducta.
 Tu padre y yo trataremos
 con seriedad el asunto,
 y de tu bondad espero
 la obediencia y el recato

de quien estima el respeto
que á los demás y á sí misma
debe tenerse.

Herm.— Comprendo,
y no tendrás queja, madre,
de tu Herminia.

Elena.—(*Atrayéndola á sí.*) Dame un beso.

Herm.—Mil te diera madre mía.
por ese cariño inmenso.

ESCENA II.

Dichos y D. Andrés que viene por el fondo.

Andr.— Estamos de enhorabuena.

Herm.—(*Aparte.*) ¡Mi padre!

Andr.— Noticia grata.

Elena.—En tu rostro se retrata.

Andr.— ¡Ya lo creo!

Elena.— ¿Y bien?

Andr.— Elena,
dos asuntos me pusieron
alegre y de buen humor.

Elena.—Tú siempre lo estás.

Andr.— Mejor,
mejor que siempre. Influyeron
cosas que yo no esperaba.

Elena.—Lo celebro.

Andr.— ¿No adivinas?... ..

Elena.— Uno es negocio de minas

Andr.— ¿Vino Leopoldo?

Elena.— Sí.

Andr.— Acaba.

Herm.—Sí, ya que has comenzado.

Andr.—Pues..... que Leopoldo llegó,
y Ramiro recibió
el título de abogado.

Herm.—¿Ramiro?

Elena.— ¡Cuánto placer
sentiría su buena madre!

Andr.—(*Suspirando.*) ¡Ah! si viviera su padre,
ya le daría qué hacer
el chico que es todo un hombre,
al mirarle convertido
en abogado cumplido,
llevando su honrado nombre!

Elena.—Tienes sobrada razón
para estar contento.

Andr.— Ya.....

Herm.—Yo pienso cómo estará
su familia.

Andr.— El corazón
tiene á veces tal ventura
que á todos quisiera ver
participar del placer
que lo llena de ternura.

Elena.—Y á fe que bien lo merece
la familia de Ramiro.

Herm.—Yo que la quiero, la admiro
sabiendo cuánto padece.

Andr.—Si Ramiro no tuviera
ese carácter tan raro

Elena.—¿Por qué lo dices?.....

Andr.— Es claro.

Un muchacho de carrera,
de gran talento, de honor,

como él, mira adelante
y deja lo extravagante
para otros.

Elena.— Es soñador.
pero vive un siglo atrás.
En fin, su madre piadosa,
recto su padre, era cosa
indispensable; además,
es cuestión de caracteres.

Herm.— ¡Pero es tan bueno!

Elena.— Eso sí.

Andr.— (*Mirando con malicia á su hija.*)
muchos maridos así
necesitan las mujeres.

Elena.— (*A Herminia.*)
Ve y prepárate á salir;
vamos hoy á visitar,
á esa familia.

Herm.— (*Yéndose y aparte.*) A tratar
quizá de mi porvenir.

(*Váse por la derecha del foro.*)

—
ESCENA III
—

Elena, Don Andrés.

Elena.— Y bien; ¿Aguilar?...

Andr.— ¡Ah! sí:
Es un hecho la bonanza.

Elena.— ¿Es posible?

Andr.— La esperanza
en realidad convertí.

consigo Aguilar me trajo
piedras tan ricas en oro,
que nos daran un tesoro
con poco más de trabajo.

Elena.— Si fuera un hecho

Andr.— Dudar
De lo que se palpa y ve,
no es posible.

Elena.— Pero qué,
aun hay mucho que gastar?
Una mina quiere mina.

Andr.— La verdad, si me engañaran
los indicios me arrastraran
á la más completa ruina.

Elena.— Yo, mucho lo temo

Andr.— Y yo,

mas en Aguilar confío,
Trabaja con mucho brio
y gran éxito. Pasó
á la veta principal
que llama deslumbradora;
y según me dijo ahora
está acopiando metal.
Seremos ricos. Elena,
millonarios, lo aseguro.

Elena.— ¿Así lo crees?

Andr.— ¡Oh lo juro
Toda la mina está llena
de magníficos ramales,

Elena.— ¿Pera tu caja lo está
para seguir.....?

Andr.— Ya entrará
el producto. Los metales

irán luego al beneficio.

¡Cómo quieres que tan pronto!

Elena.—¿Y miéntas?

Andr.— Ya ves, yo afronto
la situación,

Elena.— Mucho juicio.
Dirás que asuntos así
no me conciernen,

Andr.— Te engañas:
para las gentes extrañas
será, más no para mí.
Tu cariño y tu talento
siempre los he apreciado,
y más de una vez has dado
formas á mi pensamiento
para encontrar soluciones
á difíciles empresas.

Elena.— ¡Ay! Andrés, humo y pavesas
suelen ser las ilusiones.

Andr.— Me estás torturando el alma
con la duda.

Elena.— No quisiera,
pero la mujer supera
al hombre, á veces, en calma.
Con verdadera ansiedad
sigo tus pasos mirando
el caudal que vas gastando,
con una temeridad
que me infunde miedo, sí
pues por más que me alucino
me dice que me fascino
una voz que escucho aquí. (*Señala al cora-
zón*) Me sueño rica, dichosa,

¿por que lo he de negar?

Miro á Herminia disfrutar

de posición ventajosa,

y á tí cual siempre tan bueno

haciendo el bien por doquiera;

pero esta duda ...

Andr.— (*Reflexionando y aparte.*) Pudiera
tener su razón.

Elena.— Me apeno
porque te infundo temores.

Andr.— Celo del cariño, Elena.
Confía; mi alma está llena
de esperanzas. Los favores
del cielo nunca abandonan.

Elena.— Lo sé; pero es necesario
no pecar de temerario.

Andr.— Las intenciones me abonan.
Dejemos que las decida
el tiempo que raudo avanza,
ya sabes que la esperanza
es el todo de la vida

(*En este momento se dejan ver en el fondo Agui-
lar y Luisa, quienes escuchan las últimas pa-
labras de D. Andrés.*)

—
ESCENA IV
—

Dichos, Aguilar y Luisa

Agui.— (*Respondiendo á D. Andrés.*)
Sin ella vivir no pueden
los mortales.

Andr.— (*Sorprendido.*) ¡Aguilar!

Elena.— ¡Luisa!

Luisa.— ¡Elena! (*Se besan.*)

Elena.— (*A Luisa.*) Sabes dar sorpresas gratas.

Luisa.— Que ceden para mí en satisfacción.

Elena.— Gracias por ello.

Aguil.— (*A Elena.*) Quería hacerle á usted compañía.

Luisa.— Con todo mi corazón.

Elena.— Entonces puedo contar con que estarás á mi lado.....

Luisa.— Unos días ocupado está él (*señalando á Aguilar*) y regresar pronto es preciso.

Elena.— Veremos.

Un mes siquiera

Andr.— Sí, sí.

Agui.— ¿Y el trabajo?

Andr.— Desde aquí de acuerdo lo dispondremos.

(Elena quita á Luisa el sombrero y abrigo y mientras Don Andrés y Aguilar hablan de negocios, ellas discurren por la escena sosteniendo animada conversación en voz baja, pero sin perder de vista á Don Andrés y á Aguilar: todo con la mayor naturalidad.)

Andr.— ¿Conque el asunto camina viento en popa, no?

Agui.— Las muestras no dejan qué desear: El aspecto de la veta riquísimo me confirma en que la bonanza llega.

No puede usted figurarse la ansiedad que me desvela, el afán con que trabajo, abundando en la certeza de que, en unos cuantos días, nuestra fortuna supera á cuanto hayamos pensado hasta hoy.

Andr.— Con tal que sea corto el tiempo, porque en fin ya la caja no está llena; sale mucho, amigo mío, y muy poco ó nada entra.

Agui.— No debe usted preocuparse (*Saca del bolsillo algunos papeles.*) Aquí tiene de las cuentas la copia. Unos miles más y hemos terminado.

Andr.— (*Fijándose en la suma*) ¿Es esta la cantidad invertida hasta hoy?

Agui.— (*Aparentando tranquilidad*) Ciento sesenta mil duros llevo gastados.

Andr.— (*Con aire temeroso*) ¿Y faltan?

Agui.— Mi cálculo era otros veinte más ó menos.

Andr.— (*Ligeramente inmutado*) ¡Otros veinte! ¡Ciento ochenta!

Agui.— ¿Se sorprende?

Andr.— (*Dominándose*) No; las minas... son así.

Agui.— Para la hacienda de beneficio envié

bastante metal y en esta semana ya pagaremos el importe de dos letras, que á cargo de usted giré, con ese metal. Paciencia.

Andr.—La he tenido y la tengo; me inspira una fe tan ciega esa mina, que gastara doble de lo que presenta esta copia. Tanto así confío, Aguilar, en ella. Pero esto decir no quiere que yo temeroso vea el caudal que se ha gastado y á mis recursos supera.

Agui.—(Aparte) Tiene razón; es preciso hacer algo.

Andr.— ¿Y esas letras se vencen próximamente?

Agui.—Esta semana. Si llega el producto de metales, como lo espero, cubiertas serán por usted sin grave compromiso.

Andr.—(Con ansiedad) ¿Y si no llega?.....

Agui.—Entonces.....

Andr.—(Con angustia y aparte) Será imposible pagarlas.

A Aguilar, mirando que Luisa y Elena vienen)

Ellas se acercan
vámonos al escritorio.

Agui.—(Aparte) Yo debo ayudarle; es fuerza

Elena.—(Acercándose á ellos)
¿Interrumpimos?

Andr.— No.

Elena.—(Aparte) Andrés
está pálido.

Andr.— Tenemos
que ver apuntes; volvemos
en seguida.

Agui.—(A las señoras) Hasta después.

ESCENA V.

Luisa, Elena.

Elena.—Los señores nos excluyen
de los negocios.

Luisa.— Mal hecho,
porque la mujer á veces
suele dar buenos consejos.
Aguilar siempre consulta
mi parecer.

Elena.— Lo celebro.
Tú siempre has tenido clara
penetración y talento.

Luisa.—No es esto precisamente;
sino que calculo y pienso
que nunca se debe obrar
á impulsos del sentimiento.
El romanticismo, Elena,
se queda para los versos.
La vida debe ser práctica.

Elena.—(Aparte.) A. oírle me estremezco.

Luisa.—¿No tienes esa opinión?